



Madrid 24 de Setiembre de 1861.

SUMARIO. ARTICULOS.—Respeto á la mujer, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—La hora de la muerte [poesía], por el B. de Andilla.—Las siete Maravillas del Mundo: El Faro de Alejandria, por don Juan Cuesta.—Aventuras de un millonario [continuacion], por don E. Hernandez.—Un dia en el Escorial, por don José M. de Larrea.—La Bola de oro, por don José S. Biedma.—Mi Amiguito, por A. P. M.

GRABADOS. El Faro de Alejandria.—El Escorial.—Panteon de los Reyes.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

XI.

Respeto á la mujer.



As reglas que te sirven de norma en el modo como debes tratar á tus hermanas, puedes aplicarlas, si bien en mayor escala, cuando trates de mostrar tus afecciones y simpatías á la mujer.

Mitad la mas hermosa quizás del género humano, si bien no brilla sino en casos escepcionales, por hechos extraordinarios, que

Tomo II.

suponen genio, talento ó fuerza de voluntad, se distingue constantemente por su ternura, por la dulzura de su carácter, por la solicitud en practicar el bien, y por el interés que toma en los males del prójimo.

Movidas por este sentimiento, cuántas con sublime abnegacion sacrifican su belleza, sus comodidades, sus esperanzas y su juventud, para encerrarse en tristes hospitales, donde respiran la inficionada atmósfera de las epidemias, á recorrer los campos de batalla, arrojando la inclemencia del tiempo y el furor de los combatientes, sin mas fin que prestar un tiernísimo consuelo al moribundo que exhala el último aliento lejos de la patria, del hogar, de la familia! ¡Cuántas encierran su existencia entre

Núm. 36.

cuatro paredes, para consagrarse, olvidadas del mundo y sus placeres, á la piadosa ocupacion de educar á la infancia menesterosa y desvalida ! Pero en el seno de la familia, en el modesto teatro del hogar, es donde con mayor asiduidad ejerce sus funciones, donde mas brillan sus cualidades, viniendo á ser en él una especie de génio del bien que embellece cuanto toca y cuanto dirige.

Como madre, inculca en el tierno infante los primeros rudimentos del amor, del deber y de la virtud, y al par que proporciona á sus hijos el alimento, la educacion, y los placeres propios de la edad, vela con esquisita solicitud sobre su bienestar físico y moral, y enseña á mezclar el nombre de Dios en todos los acontecimientos de la vida.

Como esposa, participa de las atenciones del jefe de la familia; como él contribuye al aumento y sosten del patrimonio, mediante el cual pueden vivir mas felices sus hijos; con su cariño comunica nuevas fuerzas al esposo, y con su dulzura paga las fatigas que le ocasiona la constancia en el trabajo.

Sintiendo dentro de su corazon el maravilloso instinto de la maternidad, se impone como hija obligaciones que parecerian superiores á sus fuerzas, sino se viese el buen éxito y la satisfaccion con que las desempeña. La solicitud con que atiende á las necesidades de sus hermanos menores; el cariño que á los mayores profesa; el auxilio que presta á sus padres en sus tareas domésticas, y los consuelos que les proporciona en las adversidades de la vida, no solo revelan el tesoro de amor y ternura que abriga en su corazon, sino que revelan toda la abnegacion de que será capaz el dia que constituida en madre de familia deba llenar los deberes de madre y esposa.

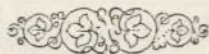
Tanta dulzura, tanto cariño, bien merecen siquiera un profundo respeto por parte de aquel que sintiéndose mas fuerte, debe, cuando no otra cosa, tener en cuenta su debilidad. Considera, pues, á la mujer como una de las obras mas perfectas de la creacion; mírala como un ángel puesto por Dios en la tierra para endulzar las amarguras de la vida, y como tal áma-

la, ámala profundamente; pero con este respeto, con esta veneracion que se merecen las cosas del Criador. Toda ternura, toda sentimiento, no considera los peligros que puede hallar en su camino, cuando se trata de la caridad y del amor; justo es, pues, que el hombre dotado de mas reflexion, de mas penetracion que ella, le demuestre los males que á su alma podrian sobrevenir, dejándose arrastrar únicamente por los dulces y generosos sentimientos de su corazon.

Tu edad no es, hijo mio, la mas á propósito para detenerme en consideraciones sobre el amor que debes profesar á la mujer, dejándolo para cuando en tu corazon se despierte un sentimiento desconocido que te haga sentir un vacío en él; que te revele la necesidad de abarcar mayores espacios y sentir nuevas emociones; que te presente los objetos cubiertos con un velo de color dulcísimo que embellece por sí solo las perfecciones de la creacion; me limito hoy á encarecerte el respeto á la mujer en todos los estados de la vida. Joven, doncella, porque es un sér inocente y puro que el soplo mas ligero puede empañar. Casada, porque forma parte de otro sér; porque su estado la hace digna de las mas profundas consideraciones; porque desempeña en la sociedad uno de los deberes mas importantes como esposa y como madre; viuda, anciana, porque basta este solo título para que se la respete, y porque se halla sola y sin apoyo en medio de su debilidad.

Para que en todo tiempo cumplas como debes con la mujer, ten presente que nada hay tan frágil como su honor; muchas veces basta la mas leve apariencia para destruir la mas bien sentada reputacion; evita, pues, hasta los pensamientos, palabras y acciones que pueden perjudicar á la mujer.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.



LA HORA DE LA MUERTE.

Hombre, mientras ves medir
 En un reló tu existencia,
 ¿Cómo olvidas la sentencia
 Que te condena á morir?
 ¿En qué hora habrás de rendir
 Este tributo fatal?
 ¡Ay si en una vives mal
 Y en ella la muerte arriba!
 ¡Feliz quien en todas viva
 Sin un pecado mortal!

EL B. DE ANDILLA.

LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO.

IV.

EL FARO DE ALEJANDRIA.

Sometido el Egipto al yugo de los persas, y vencidos estos por Alejandro el Grande, á la reparticion de aquel colosal imperio que amenazaba tener el mundo bajo una sola mano, tocó en suerte á el gran Ptolomeo, hijo de Philipo, monarca instruidísimo, y que á su gran ciencia reunia el valor militar y la mas refinada sagacidad política.

Aleccionado por la esperiencia, y persuadido de que no estriba la grandeza de una nacion en la estension material de su territorio, se dedicó con todas sus fuerzas á organizar la administracion interior de su reino, á fomentar su comercio y su industria, á cultivar y difundir las ciencias y á hacer por este medio que su pueblo olvidase su perdida libertad y llevase con tranquila resignacion el yugo que habia venido á imponerle un extranjero.

La fama que se estendió por todo el mundo de la prosperidad y riqueza de Egipto, hizo que acudieran á aquel pais los hombres mas sábios, así como los mas poderosos llevaron sus caudales para dedicarse á un comercio

activo, que les ofrecia crecidas y seguras ganancias; y como allí donde es mayor la afluencia de las gentes es donde las bellas artes encuentran los elementos necesarios á su desarrollo, Egipto, y principalmente la ciudad de Alejandria, debió á Ptolomeo ser la primera ciudad del mundo en su tiempo.

Mas no por esto se olvidaba el prudente monarca de estar preparado para la guerra, por mas que él viese en la paz la condicion mas favorable al desarrollo interior de su reino. Antes bien, aseguran las historias que contaba con un ejército disponible de mas de 200,000 infantes y 50,000 caballos, con mas de 500 elefantes y no menos de 2,000 carros de campaña.

Pero donde Ptolomeo habia desplegado todo su poder era en la marina de guerra, pues disponia de 2,000 naves de alto porte y cerca de 2,000 galeras, que además de facilitar el comercio hacian respetable su nombre en los mas apartados climas del mundo.

Con semejantes elementos de prosperidad, no es, pues, extraño que Alejandria, aunque no arrebatase á Menfis el privilegio de ser la capital de la Monarquía, fuese, sin embargo, la ciudad mas opulenta y populosa, y que á vuelta de pocos años encerrase en su recinto mas bellezas artísticas que la misma Roma.

Situada junto al mar, y convertida en el centro comercial mas importante, dicho está que á su puerto acudian todas las naves del mundo, y que habria de sentirse la necesidad de evitar todos los inconvenientes que se opusiesen á un tráfico tan interesante.

Ya sus famosos arquitectos, rivalizando con los del tiempo de Sesostris, habian edificado magníficos templos á Isis y Serapis, divinidades egipcias tan ridículas como veneradas; y trasportada la colosal estatua de esta última deidad desde el Ponto, haciendo creer que aquella enorme masa de mármol se habia embarcado ella sola y habia conducido la nave hasta Alejandria sin auxilio de piloto; cuando Sostrato, arquitecto de los mas sobresalientes de aquella época concibió el proyecto de edificar un fanal que sirviese de guía á los nave-

gantes, indicándoles desde lejos la entrada del puerto.

Cerca de Alejandría, y como á una milla de distancia dentro del mar se elevaba un islote llamado *Faros*, que fué el sitio elegido por Sostrato para realizar su atrevido pensamiento.

Secundado por Ptolomeo que veía en esta obra no solo una empresa utilísima para la seguridad del puerto, sino un título mas al entusiasmo y admiración de aquel pueblo que le rendía culto religioso, como si fuese una verdadera divinidad, Sostrato tuvo á su disposición los inmensos tesoros del monarca y toda la protección necesaria para poner en juego todos los recursos de la ciencia, y hacer de aquel edificio una de las mas renombradas maravillas del arte.

En efecto; un inmenso arrécife de una milla de largo, y suficientemente sólido para resistir al choque continuo de las olas, fué la primera parte de aquella obra, merced á la cual puso en comunicación la mencionada isla con la tierra firme. Abierto por este medio un ancho camino para llegar á todas horas á la isla, dió principio á la construcción de una robusta, á la par que altísima torre, que se alcanzaba á ver desde diez leguas de distancia, y á cuyo extremo estaban siempre colocadas señales convenidas de antemano, que indicaban á los navegantes, no solo el sitio adonde debían dirigir su rumbo, sino que le avisaban del estado del puerto y de la mayor ó menor calma en que

se encontraba la costa, á fin de que preparase su buque al contratiempo ó se alejase del puerto, hasta que calmado el tiempo pudiese entrar en él con toda seguridad y conveniencia.

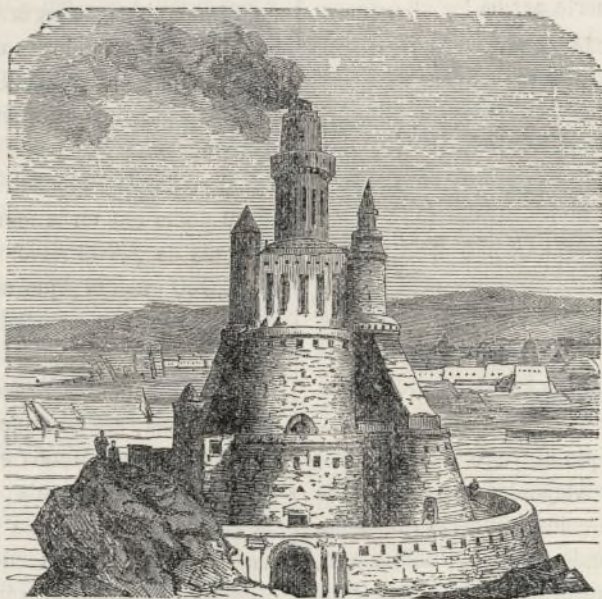
Por la noche, en vez de estas señales que hubieran sido inútiles en la oscuridad, encendían en la ancha plataforma, que terminaba la torre, una permanente hoguera, que elevando sus llamas hasta meterse entre las nubes,

prestaba igual servicio á los marinos, tomando el aspecto de un fantasma celeste encargado por los dioses de la custodia del puerto y del registro de aquellos mares, donde no eran raras las piraterías y peligros de todo género.

Como acontecía con frecuencia en esta clase de obras en que rara vez las ve terminadas el que las comenzaba, el Gran Pto-

lomeo no vió concluido el que él había creído su mas importante monumento, siendo Filadelfo, su sucesor, el que en el primer año de su reinado vió inaugurar esta maravilla, orgullo de Alejandría y gloria de Sostrato, á quien obligó á poner en letras colosales sobre una de las fachadas de la torre el nombre del monarca. Pero Sostrato, queriendo para sí solo la gloria que tan miserablemente le disputaba Ptolomeo, grabó primero el suyo sobre las piedras, que cubrió de una débil argamasa, sobre la que puso el del Rey, á fin de que el tiempo destruyese esta primera capa y dejase después visible la inscripción que habría de inmortalizarle.

Inútil precaución, porque un terremoto ar-



El Faro de Alejandría.

ruinó por completo aquella maravillosa fábrica sin que Sostrato necesitase de ella para que su nombre llegára hasta nosotros, y para que el de Faros, que llevaba la isla, fuese el nombre que en lo sucesivo se diese á todos los faros que desde entonces se han colocado en las costas para servir de guía á los navegantes.

JUAN CUESTA.

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

(Continuacion.)

VIII.

EL CONCIERTO.

Al día siguiente Eduardo se levantó con el sol y salió al campo, hácia la frontera de España, que dista seis kilómetros de Bagneres, provisto de un album para copiar vistas, de un baston para trepar á los montes, y de una botella con vino para templar la sed.

Regresó de su expedicion entrada la noche, y prometiéndose repetirla diariamente mientras permaneciese en Bagneres. Habia comido en la cabaña de un cabrero y estaba fatigado, de manera que al llegar á la fonda pidió una luz y se dirigió á su habitación.

—¿No pensais asistir al concierto, le dijo el dueño del establecimiento, improvisado por algunos bañistas para socorrer á la viuda de un albañil muerto desgraciadamente?

Eduardo tomó un billete y decidió asistir al concierto, no tanto porque era fanático por la música, como por todas las artes, sino movido por la esperanza de que asistiera el misterioso príncipe de la Aleachofa. En la sala del establecimiento termal, que servía de punto de reunion á los bañistas, debia darse el concierto y celebrarse entre los concurrentes la rifa de un objeto ofrecido por una señora.

Como no se trataba de una solemnidad musical, sino meramente de una buena obra, no se habia hecho preparativo alguno; los ejecutantes no eran artistas, sino aficionados que se habian ofrecido graciosamente á hacer lo que supieran ó pudieran. La reunion ofrecia un as-

pecto de intimidad que la asemejaba á la de una numerosa familia el día del Santo del padre, de la madre ó de la boda de un hijo. Al franquear el dintel de la puerta sonrojóse Eduardo visiblemente, y escapóse un grito imperceptible de su pecho: habia visto sentada al lado del piano á la señora de B.... y á su hija Gabriela. La primera persona que llamó su atencion despues fué Raoul; engreído de su triunfo como el grajo de la fábula, rayaba en el sublime del ridículo y del descaro: la mayoría de los bañistas le contemplaban con la sonrisa en los labios, pero sin inalterable orgullo convertia las burlas en alabanzas; y la segunda un anciano á quien los concurrentes honraban con una deferencia especial. Su fisonomía revelaba una inteligencia superior, su traje era sencillo pero elegante. Dos veces consecutivas habia intentado Raoul trabar conversacion con él; la primera fué acogido con indiferencia y altanería, y la segunda con tan marcado desprecio, que se retiró confuso y decidido á no esponerse la tercera á una enérgica repulsa. Eduardo, por su parte, le examinaba de alto á bajo como si quisiera reconocerle; los acordes de la música distrajéronle de este espionaje, y elevaron su espíritu á las regiones del sentimiento. Gabriela abrió el concierto con la sinfonía de la Muta de Portici, admirablemente interpretada en un magnífico piano; plácemes tan espontáneos como ruidosos recompensaron la deferencia de la jóven artista. Terminado el concierto se procedió á la rifa del objeto ofrecido, que era un reloj de oro. Cada uno de los concurrentes escribió su nombre en un papel y le depositó en un sombrero; Gabriela fué elegida por unanimidad representante del destino; despues de haber aceptado con beneplácito de su madre tan espinoso empleo, la amable y hermosa niña dejóse conducir por el anciano desconocido delante de la mesa en que estaba la urna improvisada.

—Atencion! exclamó sonriendo.

Metió su diminuta mano en el sombrero, y retiró de él un papel cuidadosamente plegado; desdoblólo y exclamó con cierta sorpresa:

—Eduardo de Ferrieres.

No sabía que el joven laureado estuviera en Bagneres.

Eduardo vaciló; ¡qué hubiera dado por el aplomo de Raoul! Su embarazo habría sido mayor si hubiera podido darse cuenta de la curiosidad y el interés que despertó en la concurrencia su nombre. Hombres y mujeres contemplaban con respetuosa deferencia al joven cuyo extraordinario triunfo había resonado de un extremo á otro de Francia, convirtiéndole en un modelo, que las madres, para estimularlos al trabajo, presentaban á sus hijos.

El anciano desconocido, que permanecía á corta distancia de Gabriela, tomó el reloj de su mano, y acercándose al favorecido por la suerte, le dijo clara y distintamente:

—Señor de Ferrieres, la fortuna no siempre es ciega: quien merece alcanza; tomad.

Luego, cambiando de tono y enlazando su brazo al del joven con una franqueza cariñosa y digna al mismo tiempo, añadió:

—Celebro en el alma haberos encontrado aquí; deseaba daros la enhorabuena, y me había propuesto haceros una visita á mi regreso á París. Conozco y aprecio á vuestro padre, gloria legítima del foro francés. No vacilo en auguraros un magnífico porvenir, si le tomáis por ejemplo como hasta aquí.

El hombre que hablaba de esta manera á Eduardo, era una de las notabilidades políticas de Europa; el ministro de Negocios Eranjeros, padre de Gabriela.

Sin soltarse de su brazo presentóle á algunas personas que le acogieron como se acoge á los hombres de talento, con respeto y deferencia: fué el héroe de la noche, y su entrada en el mundo un triunfo.

Raoul, desde un extremo de la sala, contemplaba con amargura y envidia este cuadro; la ausencia del príncipe de la Alcachofa aumentaba su disgusto: su amistad hubiera podido elevarle en el ánimo de la concurrencia á la altura que la protección del Ministro había levantado á su compañero de infancia y de estudios. Pero el grito de la conciencia, que resuena en el fondo del alma á despecho del hombre, sofocó al cabo el de la cólera y la envidia.

—En efecto, se decía, nada hay comparable á la fortuna en el mundo; pero debe reconocerse que el talento proporciona placeres inefables y satisfacciones vivísimas. El triunfo de Eduardo no es tan efímero como yo creía; durará lo que su vida y le granjeará siempre y en todas partes plácemes, enhorabuenas y distinciones lisonjeras en extremo. Decididamente he debido trabajar mas y perder menos tiempo.

El resultado de estas tristes reflexiones fué tal, que antes que terminara la tertulia acercóse el opulento conde al humilde plebeyo, y le dirigió la palabra con una amabilidad que contrastaba visiblemente con la altanería y el énfasis con que le había tratado días antes.

—Querido amigo, le dijo tuteándole de nuevo, te parece que mañana demos un paseo por los alrededores de Bagneres?

—Como quieras, contestóle Eduardo, como si nada hubiese ocurrido entre ellos.

(*Se continuará.*)

E. HERNANDEZ.

UN DIA EN EL ESCORIAL.

Son cerca de las siete de la mañana, y mi amigo Mariano y yo vamos cruzando á buen paso las largas calles de árboles de la Montaña del Príncipe Pío. Pronto llegamos á la estación del ferro-carril del Norte, destruida hace poco tiempo por un terrible incendio: tomamos billetes y entramos en un coche de segunda clase, coches que en esta línea son casi tan cómodos como los de primera. A las siete y diez minutos el silbato de la locomotora hace la señal, y el tren empieza á rodar sobre los rails.

Vamos al Escorial: Mariano, que no es de Madrid, no le ha visto aun, y yo, aunque le he visto ya otra vez, acompaño muy gustoso á mi amigo en esta expedición.

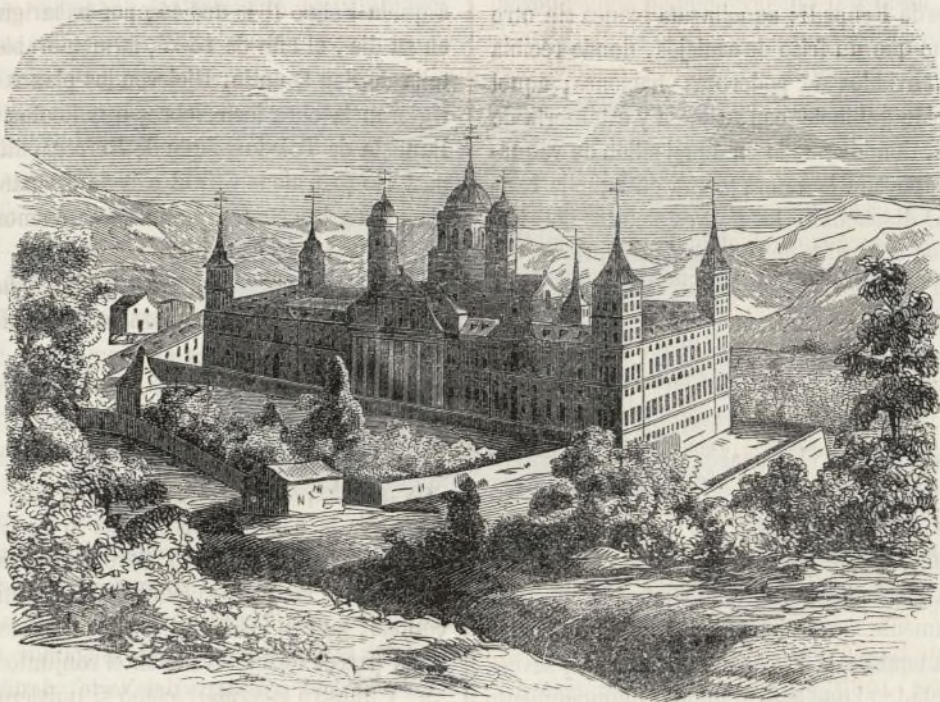
Nos hemos colocado el uno enfrente del otro, al lado de los cristales, y contemplamos con gran placer la hermosa vista que Madrid presenta por esta parte, la única todavía en

que se puede encontrar agua y vegetacion.

Pronto cruzamos el puente sobre el Manzanares y el paso de nivel sobre la carretera de Castilla: diez y ocho minutos despues de nuestra salida de Madrid estábamos en Pozuelo, y á la media hora en las Rozas. Hasta aquí la vía férrea no habia ofrecido á nuestros ojos mas que una esplanacion fácil, ya siguiendo casi paralela á la carretera, ya separándose

habernos detenido tres minutos en la estacion de Villalba, llegamos á las nueve y media al Escorial.

Como la estacion se halla situada en el Escorial de abajo, pequeño pueblo que solo tiene de bueno la iglesia, obra tambien de Juan de Herrera; tuvimos que subir á pié hasta el Escorial de arriba, y en cuanto nos encontramos en el *paseo de los canapés*, pudo mi amigo



El Escorial.

para volver á encontrarla despues, y aun pasando en algun punto por debajo de ella; pero algo mas allá de las Rozas empezamos ya á ver las dificultades que se habian tocado en la construccion del camino. Considerables desmontes practicados en montañas de piedra viva, grandes terraplenes, y un túnel de 400 á 500 metros de longitud cerca de Torrelodones, nos enseñaban en pequeña escala todos los esfuerzos que el hombre tiene que emplear para atrevesar las montañas con su humeante locomotora y su larga fila de wagones. Despues de

contemplar á su placer el exterior de aquel magnífico convento.

Dominado, sin embargo, nuestro entusiasmo por la imperiosa voz del estómago, nos dirijimos ante todo á la fonda y café de Miranda, en la plazuela de las Animas, donde almorzamos con ese buen apetito que despierta siempre el movimiento del carruaje y el aire vivo de la montaña.

Al salir encontramos al pobre muchacho que ha reemplazado hoy como *Cicerone* al ciego Cornelio y al pastor de la prodigiosa me-

moria. Como yo le conocía ya le llamé, y él, que no deseaba mas que viajeros con quienes ejercer su oficio, se dispuso alegremente á servirnos de guía.

Como despues de concluida la misa mayor es cuando mas cómodamente puede verse el templo, nos aconsejó que viéramos primero el Palacio, que forma parte de aquel inmenso monasterio, á cuyo efecto nos entregó á uno de los conserjes ó encargados.

Éste nos hizo ver primeramente las habitaciones de Felipe II: aquella sala blanca sin otro adorno que un friso de azulejos, donde recibía á los enviados de poderosas naciones; aquel reducido gabinete con su mesa y estantería de nogal, donde sentado en aquel sillón de vaqueta, y apoyada la gotosa pierna en aquella banqueta, despachaba los graves asuntos del Estado en compañía del mismo Antonio Perez, á quien despues persiguió tan tenazmente; y aquel pequeño camarín donde tenía su lecho, desde el cual podía ver celebrar misa, y donde exhaló su postrer suspiro.

—Hé aquí, dije yo á Mariano, todo el boato que gastaba el monarca mas poderoso entonces de la tierra, puesto que nunca se ponía el sol en sus dominios; el vencedor de San Quintín; el que hizo estremecerse á la orgullosa Albion con su *invencible* armada, desgraciadamente deshecha por los vientos; el que hacía temblar la Europa ante su firme y severa voluntad; el que legó al mundo un monumento como este. ¡Hónranle á un mismo tiempo tanta grandeza y tanta sencillez, tanta magnificencia para con Dios y tanta austeridad para consigo mismo! Los que por moda ó por sistema denigran hoy á Felipe II, ó no han estado aquí ó han cerrado los ojos á lo que tenían delante de sí.

Mi amigo no pudo responderme, porque ya el conserje había cerrado las ventanas y nos llevaba á las habitaciones del Palacio de hoy. Vimos allí preciosas tapicerías flamencas y otras españolas, hechas por dibujos de Goya, ricos muebles, y cuatro piezas con lindísimas incrustaciones de maderas finas.

Salimos, y nuestro *Cicerone*, que nos es-

peraba ya, empezó á enseñarnos el templo, comenzando por la fachada principal.

Este gran edificio, nos dijo como quien recita una lección, se estiende de Norte á Sur 774 piés, y de Este á Oeste 580, siendo su elevación proporcionada y grande. Está labrado todo de piedra berroqueña ó granito, con los techos cubiertos de plomo y pizarra, y su arquitectura corresponde generalmente al órden dórico, siendo su forma la de unas parrillas, por relacion al martirio de San Lorenzo, á quien Felipe II le dedicó, por haber ganado en su día, el año de 1557, la memorable batalla de San Quintín. Hicieron los planos y dirigieron la obra los célebres arquitectos Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera. El monasterio todo tiene 3,002 piés de circunferencia, y en las cuatro fachadas se cuentan 13 puertas y 1,110 ventanas.

Mientras nuestro guía iba hablando de este modo, habíamos atravesado el *patio de los Reyes*, y deteniéndonos un momento á admirar la artificiosa techumbre del coro bajo, habíamos penetrado en el templo.

—Tenía yo idea de que esta iglesia era mas grande, me dijo Mariano.

—Ya te convencerás de que lo es cuando la examines mas despacio; pero están tan bien combinadas las proporciones de este grandioso edificio, aun en los mas pequeños detalles, que nada parece desmesurado en el conjunto.

Y nuestro *cicerone*, como si quisiera corroborar mis palabras, decía, continuando su relacion, en aquel mismo instante:

—¿Ven Vds. el Crucifijo que sirve de remate al retablo mayor, y que desde aquí parece de tamaño natural? Pues la cruz tiene siete varas de altura, y fué hecha del palo mayor de un navío portugués, que naufragó en las costas de Lisboa.

Estaban concluyendo la Misa, los acordes del órgano resonaban bajo aquellas magníficas bóvedas y llevaban á nuestra alma un profundo sentimiento religioso, mientras admirábamos aquellos frescos de Jordan, aquellos apóstoles de Navarrete el mudo, aquel magnífico altar mayor, con su hermosa gradería y sus

tribunas, donde aquellas figuras de bronce que representan á Carlos V y Felipe II con sus respectivas familias, todos de rodillas, parecen personajes del otro mundo destinados á elevar perpétuamente sus preces á Dios en aquel templo, que ellos mismos le han levantado.

Bajamos luego al Panteon de los Reyes, que está situado precisamente debajo del altar mayor, y en aquel sombrío recinto, donde se siente un frio que penetra hasta la médula de los huesos, y donde las filtraciones de agua van carcomiendo las pilastras de magníficos jaspes, no pudimos menos de reconocer la pequeñez de nuestro mezquino sér, al ver encerrados en aquellas suntuosas, pero reducidas urnas, tantos poderosos monarcas españoles.

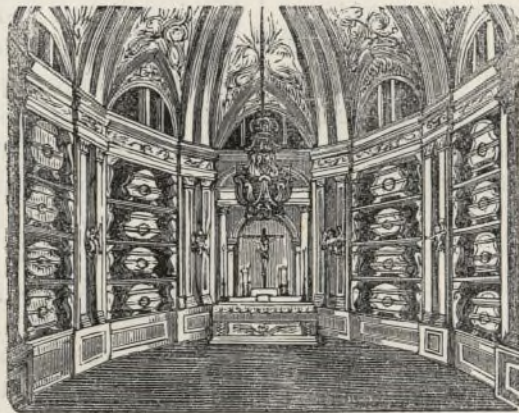
Fuimos luego á la espaciosa sacristía á extasiarnos ante el inimitable cuadro de la *Santa Forma*, de Claudio Coello; subimos al coro, donde no se sabe qué admirar mas, si la preciosa sillería, el magnífico fresco del techo, ó aquellos *infolios* en pergamino con lindísimas iluminaciones; vimos la sala capitular, la vicarial, la biblioteca, los claustros y la escalera con aquellos admirables frescos, y pasamos una rápida revista á aquel gran número de excelentes cuadros que se encuentran por todas partes, y que hacen todavía del Escorial un rico Museo. Por fin, subimos hasta la cúpula, desde donde la vista abraza un inmenso horizonte.

Salimos del Monasterio, dominados todavía por la impresion que se experimenta ante aquella suntuosa fábrica, especialmente Mariano, que la veía por la primera vez; y nos volvimos á la fonda despues de recorrer algunas calles del pueblo, que no desagradó á mi

amigo, por su aspecto severo y nada miserable, pues aun las casas mas pobres tienen de piedra al menos las jambas y dinteles de las puertas y de las ventanas.

Despues de comer vino á buscarnos otra vez nuestro guía, y nos llevó á la lindísima casa de recreo llamada del Príncipe, ó Casa de Abajo, donde se conoce el buen gusto del arquitecto Villanueva, que la construyó; pareciendo imposible que en tan pequeño espacio se hayan podido reunir, sin que parezcan aglomeradas, tantas preciosidades artísticas.

Aun al salir de la casa del Príncipe tuvimos tiempo de recorrer parte de sus jardines y una hermosa pradera, donde se ostentaba una lozana vegetación, medio velada por la luz ya vacilante del crepúsculo. Desde allí descendimos al Escorial de Abajo, que está muy cerca, llegando á tiempo de tomar el tren que



Panteon de los Reyes.

parte cerca de las ocho.

Dos horas despues terminábamos aquel día tan bien aprovechado, entrando en Madrid, algo fatigados, pero infinitamente satisfechos de aquella rápida escursión al célebre Monasterio, que no en valde fué reputado como la octava maravilla del mundo.

JOSÉ M. DE LARREA.

LA BOLA DE ORO.

Una pobre niña tenía una madrina que la habia criado, y era la única persona que conocía en el mundo. Apenas habia salido la niña de la infancia, comenzó á ponerse mala su madrina, empeorándose de día en día, de manera que no daba esperanzas de vida. La llamó en-

tonces junto á su cama, y procurando enjugar sus lágrimas, la habló de este modo:—Hija, conozco que voy á morir; nada puedo dejarte mas que esta pobre cabaña, que por ahora solo puede servirte para ponerte al abrigo del sol y agua, lo que no es suficiente si no tienes que comer, por lo que no debes entrar ningun dia en ella hasta que hayas ganado tu sustento. Siéntate todas las mañanas á la puerta, y no dejarás de encontrar quien te dé alguna ocupacion en que puedas adquirirme un pedazo de pan.—

Muerta su madrina cumplió la niña este mandato, y nunca faltaba alguna vecina que la llamase á ayudarla en sus quehaceres, ó algun labrador que la ocupase en hacer la comida para sus criados. Mas un dia llegó un hombre á caballo que, mirándola con atencion, la preguntó lo que hacia allí, y despues de saber su historia la propuso que fuese á servir á su casa. Aceptó la niña, y se pusieron en camino para un lugar cercano.

Como la niña era muy buena, el nuevo amo estaba contento con ella, mas no así su mujer, que tenia un carácter muy malo y desagradable. Una vez la mandó que desaguase el pozo; la niña estuvo todo el dia sacando agua sin poder conseguirlo. Cerca ya del anochecer vió una cosa negra en el cubo, fué á cogerla, pero la rana, pues lo era en efecto, la dijo:—Vuélveme al pozo y deja tu tarea, pues ya has hecho lo suficiente para ganar tu salario.— La niña obedeció, y echó la rana al pozo. Su ama se incomodó porque no lo habia desaguado, pero aunque calló, pareció el marido darse por muy satisfecho.

Otra vez la mandó su ama cortar todas las flores y yerbas del huerto: la pobre niña trabajó tambien todo el dia sin poder conseguirlo, porque habia muchas. En una de ellas encontró una oruga, que iba á pisar, mas no lo hizo porque la dijo la oruga:—No me mates, y antes de ocho dias seré una linda mariposa.—La niña la dejó vivir, y cuando fué á cenar por la noche, tuvo que sufrir un regaño mucho mayor de su ama porque no habia hecho lo que la habia mandado; pero el marido, aunque nada dijo, pareció mas contento todavia.

En otra ocasion, por último, la mandó su ama que limpiase un cuarto lleno de trigo, pasándole todo de un lado á otro; pero el trigo era en tanta cantidad, y el cuarto tan pequeño, que era imposible hacerlo. Así despues de haber trabajado todo el dia iba á sentarse ya, cuando entró por la ventana una paloma en busca de un grano de trigo. Cerró la ventana para cogerla, pero el ave la dijo:—No me cojas, déjame salir otra vez.—La jóven lo hizo así, y despues bajó á cenar. Riñóla su ama mas que nunca porque no habia hecho lo que la habia mandado, y decidió despedirla.

A la mañana siguiente antes de que se marchase vino su amo y la dijo:—Vuelve á tu casa y llévate en vez de salario esa bola de oro, que te servirá para que no tengas que someterme ya á ningun amo ingrato.—

La niña se marchó muy contenta, y se fué todo el camino jugando con su bola de oro, hasta que llegó á su cabaña, donde se dedicó á hilar, viviendo desde entonces de su trabajo. Un dia acertó á pasar por su puerta un hombre que iba muy de prisa, pero que se detuvo, sin embargo, para preguntarla dónde vivia una hechicera, de la que todos hablaban en aquel pais, pero á la que nadie conocia. La jóven, aunque se recelaba que era su ama, le contestó que no la conocia, y el mancebo echó á llorar de tal modo que la dió lástima, y le preguntó porque lloraba con tanta amargura.

—Cómo no he de llorar, la respondió, si la mujer de que os hablo ha encantado á mis tres hermanas, condenándome á mí á ir en su busca hasta que las desencante.

La jóven tuvo mucha mas lástima todavia, pero no sabiendo qué hacer dejó marchar al mancebo. Apenas habia desaparecido, para olvidar su dolor cogió su bola y comenzó á jugar con ella; pero hé aquí que la bola empezó á rodar, á rodar sin que pudiera cogerla la jóven, que iba detrás sin perderla de vista. A poco llegó á un pantano y se cayó en el agua, la jóven se sentó, se puso á llorar, y estuvo así todo el dia. Al anochecer, viendo una rana que salia á la orilla, la suplicó la sacase la bola en pago de lo que habia hecho con su compañera.

La rana se sumergió en el fondo y apareció en seguida con la bola, pero la soltó en el suelo echándola á rodar.

La bola continuó rodando en la oscuridad de la noche, de modo que no tardó en dejarla de ver la jóven, que se volvió á sentar entonces y estuvo llorando el resto de la noche. Al amanecer no viendo su bola duplicó su llanto, pero al cabo apareció una oruga, á la que suplicó se la buscase en pago de lo que habia hecho con su compañera. La oruga no tardó en traerla otra vez, pero la soltó tambien en el suelo y continuó rodando.

No sabiendo qué hacerse la jóven para detenerla, se acordó al fin de la paloma á la que habia salvado la vida; la llamó en su auxilio, y en cuanto apareció, echó á volar y detuvo la bola, que cogió entonces la jóven. Pero apenas la tuvo en la mano, miró á su alrededor y vió tres hermosas jóvenes vestidas con mucho lujo, á las que preguntó quiénes eran. Contestáronla que la rana, la oruga y la paloma á que habia salvado la vida, pues la hechicera queria las matase, y porque no lo hizo la echó de su casa, y que acababa de desencantarlas con su bola, que tenia esta virtud.

Pero aun no habian acabado de decir esto, cuando apareció el jóven que pasó por su puerta corriendo, y al que habia seguido la bola, hasta que al pararse lo hizo él tambien volviéndose atrás. Reconoció entonces á sus tres hermanas, á las que se llevó á su casa, suplicando á la jóven las acompañase, que no vaciló en hacerlo, no tardando en ser tambien hermana suya, pues el mancebo se casó con ella en premio del servicio que á todos habia hecho.

JOSÉ S. BIEDMA.



MI AMIGUITO.

Yo tenia un amigo, niños míos, al que jamás podré olvidar.

Para que pudiérais comprender cuán dolorosa me ha sido su pérdida, seria menester que lo hubiérais conocido. Reunia mi amiguito tantas y tan especiales cualidades, que no acertaré á espresarlas: tenia una voz encantadora, ojos vivos é inteligentes, formas esbeltas y elegantes, un piquito de marfil de una finura y de una gracia incomparables, y un tocado natural y sin compostura, de color de grana. En fin, ya comprendereis fácilmente que mi amiguito era un hermoso jilguero.

Sí, queridos lectores, el sér, cuya pérdida lloro, no era mas que un pajarito, ¡pero qué pájaro!

Cuando hacia buen tiempo, cuando en un hermoso dia de primavera un rayo de sol penetraba á traicion por mi ventana, á pesar de estar cerradas las persianas, y se reflejaba en mi pupitre sobre el blanco papel que constantemente estoy precisado á llenar de manchas negras, me asaltaba un invencible deseo de entregarme al *dolce far niente*, de dejar la ciudad é irme al campo, lejos, muy lejos, donde pudiese contemplar á mi placer el inmenso y azulado cielo, en lugar del monotonó techo de moaré blanco de mi empapelada habitacion.

Entonces tiraba la pluma y me decia: «Basta de trabajo por hoy, me voy á respirar el aire puro del campo, á buscar la sombra y el reposo recostado en el césped y al pié de los árboles del bosque.» Y héme aquí dispuesto á ceder á las inspiraciones de la pereza: mi mano tocaba ya el picaporte de la puerta: iba á abrirla...

Pero no, no llegaba este caso: la voz dulce y persuasiva de mi gracioso amigo me volvía á llamar al trabajo, al deber: para detenerme á su lado entonaba su mas linda cancion, cuyo sentido no podia menos de comprender.

—«¿No estoy yo tambien, me decia, separado de los bosques y los campos, para los cuales me crió Dios? La hermosa jaula que tú me has dado por prision, ¿puede acaso hacerme olvidar el aire libre ni la inmensidad del espacio? Y sin embargo, ingrato, yo canto, y canto para tí, y mi cántiga, cautivo como estoy, te hace soñar en las armonías de los bosques verdes y solitarios.»—

Dócil á los acentos de aquella voz amiga, volvía á mi trabajo y tomaba otra vez la plu-

ma con nueva inspiracion, y frescas ideas brotaban de mi mente entre las notas pulidas que esparcía en mi alrededor el infatigable piquito de mi jilguero.

Sobre todo, el dia en que principiaba un artículo para LA AURORA, parecia que esta ave-cilla sin igual se escedía á sí misma en sus gorjeos. Apenas habia trazado estas palabras:

QUERIDOS NIÑOS,

cuando un raudal de notas salía de su pico de marfil, como un conjunto de fuegos artificiales. Si yo hubiera podido estenografiar todas las cosas encantadoras que me encargaba decir, ¡qué bello habria llegado á vuestras manos mi artículo! Tenia el pensamiento de haberlo intentado algun dia, pero ¡ay! el pobre-cillo no canta ya.

Se fué poniendo poco á poco triste, sombrío: él, que en otro tiempo me alentaba en mi trabajo, encontraba apenas algunos píos lastimeros con qué darme los buenos dias. Por mas que yo le hablaba y le hacia caricias, no me contestaba; apenas probaba la escarola, que tanto le agradaba: no mordía ya, jugueteando con su donoso pico, los dorados alambres de su jaula: no sacaba ya por ellos su curiosa cabe-cita para seguir con ojo maligno y escrutador los trazos de mi pluma sobre el papel; no, indiferente en apariencia á todo lo que le rodeaba, pasaba silencioso y triste las horas enteras sobre la varilla mas alta de su aposento.

Decididamente, decia yo para mí, está enfermo ó triste; y me fijaba mas en esta última hipótesis, porque, en fin, ¿qué alegrías tenia el pobre-cillo en su vida de pájaro? Ninguna, sino la satisfaccion material, y por consiguiente indigna de él, de tener en abundancia cañamones, escarola, algun terron de azúcar, y agua fresca y limpia.

La primavera habia pasado ya, sin que el ave-cilla presenciase sus galas sino desde mi ventana. El estío tomaba posesion en triunfo del jardin cercano, sacudiendo los perfumes de su verde túnica sembrada de rosas, de espigas y clavellinas, y el triste pájaro quizá pensaba en los numerosos nidos, de donde veía salir por este tiempo la numerosa prole de sus hermanos; quizá pensaba en que él tambien, si hubiera estado libre en el campo natal, habria podido tomar parte en los juegos de aquel alado pueblo, edificar como ellos su nido, y cuidar de su nueva familia.

—Oh, pobre amigo mio! exclamé entonces; si tales son tus pensamientos, que comprendo muy bien, aunque no soy pájaro, Dios

me libre de prolongar un momento mas tu cautividad. Tú me has consolado mil veces, y con tu dulce voz has reanimado mi espíritu abatido; á mi vez estoy en el deber de probarte mi afecto desinteresado y mi tierno reconocimiento. Sé libre, amigo mio... vuela hácia tus semejantes, hácia aquellos adonde se dirigen tus pensamientos: mis ojos, cubiertos de lágrimas, te seguirán en el espacio. Pero no sentiré haberte dado libertad, no te llamaré para que vuelvas á mi lado, aunque te eche de menos. La amistad verdadera no es egoista.

Y le abrí la puerta de la jaula, colocándola en la ventana: el ave saltó al dintel, que le franqueaba el espacio y la libertad.... Sacudió sus plumas, batió sus alas, dió un pío, mitad tierno, mitad lastimero, y se volvió á entrar, ahora voluntariamente, en su prision, dirigiendo hácia mí sus tristes ojos, cuyas miradas parecían decirme:

—Es tarde ya.

A la mañana siguiente fui muy temprano, y con cierto presentimiento, á saludarle, segun mi costumbre: no estaba en ninguna de las varillas, y no le veía por ningun lado, pero aproximándome mas, le apercibí tendido en un rincon de la jaula: tenia el piquito entreabierto como si hubiese querido cantar el último adios; sus ojitos negros, que tan bien me conocían, estaban cerrados. ¡Mi hermoso pajari-llito habia muerto!

Tal es, lectores míos, la causa de mi pesar, que tenia necesidad de confiar á vuestro tierno corazon para desahogar el mio.

A. P. M.

Solucion de la Adivina del número anterior.

LISBOA.

Por lo no firmado; el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1864.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.